

Aprender a ser narco/macho. *Fiesta en La Madriguera* de Juan Pablo Villalobos*

Ainhoa Vásquez Mejías**

Centro de Investigaciones sobre América del Norte
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen: Este artículo propone, a la luz de los estudios de masculinidades, que las enseñanzas que recibe un narco-junior en la novela *Fiesta en la madriguera* de Juan Pablo Villalobos se vinculan a las instrucciones machistas que reciben los niños varones: violencia, poder, control de las emociones. El aprendizaje del niño para convertirse en hombre, sin embargo, se ve cuestionado en la novela, a la vez que se pone en duda la masculinidad hegemónica del padre. La formación de Tochtli concluye no cuando es capaz de derramar sangre como un macho, sino cuando descubre que esa sangre lo une a su padre.

Palabras clave: narcotráfico, masculinidades, machismo, aprendizaje, formación.

Learning to Be Narco/Male. Fiesta en la madriguera by Juan Pablo Villalobos

Abstract: This paper proposes, based on studies of masculinities, that the teachings received by a junior member of a narco group in the novel *Fiesta en la madriguera* (*Party in the Burrow*) by Juan Pablo Villalobos, are linked to sexist instructions given to children boys: violence, power, control of emotions. The child's learning to become a man, however, is questioned in the novel and the hegemonic masculinity of the father is also called into question. Tochtli's training does not end when he learns to shed blood as do males, but when he discovers that this blood links him to his father.

Keywords: drug trafficking, masculinities, machismo, learning, formation.

Introducción

Juan Pablo Villalobos asegura que *Fiesta en la madriguera*, su primera novela, no se inscribe en la corriente de lo que se ha dado en llamar la *narcoliteratura*, puesto que la voz infantil oculta la violencia evidente del narco-mundo (Apablaza, 2010). Sin embargo, es imposible desconocer que el eje del relato es el narcotráfico y que la novela presenta componentes de la denominada *narcoliteratura* como son la importancia de la ostentación del lujo y la riqueza, la descripción de las torturas a los enemigos o la crítica a las instituciones gubernamentales. No obstante, la violencia está presente en todo el relato en las descripciones históricas con que el profesor Mazatzin instruye a Tochtli. Así lo propone Brigitte Adriaensen (2012), quien distancia la novela de la *narcoliteratura* asegurando que la intención del autor no es delatar la sangre derramada por el narcotráfico, sino demostrar que resulta imposible situar el inicio de la violencia en un lugar, tiempo o grupo específico, puesto que es un fenómeno presente en todas las culturas y no algo exclusivo de México, mucho menos algo inventado por los capos.

Así, si bien es indudable que el tema del narcotráfico está presente como telón de fondo, ya que es el mundo en el que se desenvuelven los personajes; no es sólo una novela de narcos sino un relato de

*Este artículo forma parte de la investigación "EE.UU. mira a México/ México se mira a sí mismo: el narcotráfico como problema comparativo en las ficciones culturales estadounidenses y mexicanas", la cual realizo como becaria posdoctoral UNAM, del Centro de Investigaciones sobre América del Norte a lo largo de 2015. **Artículo recibido el 22 de septiembre, aprobado el 14 de octubre de 2015.**

**Doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile y Magíster en Letras Latinoamericanas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es becaria posdoctoral de la UNAM, del Centro de Investigaciones sobre América del Norte. Se ha especializado en violencia de género, feminicidio y narcotráfico. Sus dos últimas publicaciones en revistas son: "Feminicidios en la frontera chilena: el caso de Alto Hospicio" (2016). *Revista Literatura: Teoría, Historia, Crítica*. 18(1), 53-74. Colombia, Universidad Nacional de Colombia. (Indexada en Scielo, CLASE, Pubindex, Latindex, Dialnet). Y "Cuando los héroes fracasan. De la teleserie policial a las narcoseries" (2015). *Revista Punto Cero*. 20 (31), 99-110. Bolivia, Universidad Católica Boliviana San Pablo Cochabamba. (Indexada en Scielo, Latindex). Y el libro *Feminicidio en Chile: Una realidad ficcionada*. (2016). Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio. Correo electrónico: ainhoavasquezm@gmail.com

la relación padre-hijo, una historia de formación de un niño que comienza a transformarse en adulto, un relato de educación sentimental, de iniciación, dice el autor (Apablaza, 2010) o en palabras de Emiliano Monge, una obra que “deja de ser un libro de sicarios, de los que hay tantos y estamos tan cansados, y decide contar lo que realmente es ese fenómeno: no son estos matones, sino personas que viven en una casa y tienen intimidad que es la que realmente debería importar” (ctd. Montaña, 2010, 5).

Sumándonos a esta interpretación, el presente artículo indaga en el proceso que implica convertirse en hombre en la novela, la formación de un niño que porta como consigna la idea de ser macho, mientras aprende a hacerse narcotraficante, tal como su padre lo es. De esta forma se devela que las masculinidades en el narcomundo, tal como aparecen representadas en la obra, no difieren mayormente de las masculinidades occidentales. La educación que Tochtli recibe parece no ser tan distinta a la enseñanza que reciben los hombres en su infancia, tal como lo analizaremos a la luz de los estudios de masculinidades en América. La novela de Villalobos, no obstante, a pesar de recalcar un mundo machista termina por subvertirlo a través de los afectos filiales y la revelación de la indefensión, incluso, hasta del macho más poderoso.

2. Señor, lo felicito, es un varón

En nuestro mundo patriarcal pareciera que sigue pesando más tener hijos varones: canciones populares, anuncios comerciales, películas lo siguen reflejando. Teóricos de masculinidades han intentado darle sentido a ello concluyendo que, según la conciencia popular, un hombre se convierte realmente en hombre cuando tiene a su primer hijo, puesto que ello es prueba de su virilidad (Navarro, 1999), a la vez que se constituye en la comprobación de sus poderes sexuales (Giraldo, 1972). De esta forma, tal como argumenta José Olavarría (2000), ser padre y tener un hijo hombre es un aspecto integral de la masculinidad adulta ya que sólo mediante la procreación se alcanza la dignidad de varón. Rodrigo Parrini (2000) agrega que con la paternidad se inicia y culmina la identidad masculina: “De niño ante mi propio padre, de adulto ante el propio hijo. Otra vez un círculo que encierra la masculinidad y

la construye. Un pacto de herencia: te entrego mi nombre y mi masculinidad, te heredo mi hombría” (p. 75).

Habitamos en una cultura patriarcal en que el padre es la figura central, él es el personaje hegemónico investido de grandes poderes. Para adquirir este título sólo requiere cumplir con un único requisito: engendrar un hijo (Parrini, 2000). Así, si la obsesión de todo padre es procrear un hijo varón para verse reflejado en él y heredarle la hombría como su padre se la heredó a él, esta característica se transforma en una obsesión en los capos del narcotráfico representados en la ficción, tal como sucede en la novela *Los niños del Trópico de Cáncer* de José Luis Gómez (2013): “El capo necesitaba un heredero para endosarle los miles de fincas incautadas. Transmitirle el emporio del delito más inhumano de Latinoamérica. [...] Llenarlo de cursis besos. Quererlo como un estúpido padre. Regalarle una metralleta a los cinco días de nacido. Un convertible de oro luego de su primer asesinato (p. 72).

La relación filial padre-hijo está en el centro. Un hombre se constituye como tal en cuanto padre y un hijo se convierte en hombre cuando es capaz de convertirse él mismo en procreador: la esencia de la identidad masculina. Sonia Montecino (1991) y Octavio Paz (2004) aseguraban que los hombres latinoamericanos definían su identidad de género como hijos de una madre: una madre india, violada por un conquistador europeo: “La mujer sola -junto al vástago huérfano de padre y de legitimidad- [...] será la gran figura de nuestra memoria colectiva” (Montecino, p. 49) o como hijos de una madre simbólica: la Virgen de Guadalupe (Paz, 2004). Padres ausentes que procreaban y se alejaban para siempre de la vida de sus vástagos. *Fiesta en la madriguera* subvierte este modelo: la madre es ausente, no hay figuras femeninas fuertes en su entorno (Olivares, 2010) por lo cual el niño define su identidad a través de su padre. El mismo patrón que se repite en la novela de José Luis Gómez. Las madres son máquinas procreadoras que pueden ser desechadas. Una nueva identidad de género emerge: los niños en las novelas de narcotráfico son huachos de madre y si bien, siguen sujetos a su condición de hijos, esta vez lo son de su Padre. En la novela que nos convoca

este ejemplo se extrema ya que el niño Tochtli, ajeno a la influencia femenina, sólo cuenta con Yolcaut, el educador que lo instruye en el ejercicio de una masculinidad hegemónica.

3. Aprendiendo a ser narco

Si, como señalábamos con anterioridad, para todo hombre se vuelve fundamental procrear un hijo varón, puesto que con este hecho culmina su proceso de masculinización en un mundo patriarcal, ello se extrema en el narcomundo, definido por su esencia machista. Los capos de la droga se constituyen en el ejemplo perfecto de las masculinidades hegemónicas: deben ser violentos, fuertes, poderosos y racionales, entre otras cualidades asociadas al “ser macho”. Según Núñez Noriega (2007), el narcotraficante “es una imagen masculina poderosa que provee a los jóvenes cierto tipo de identidad masculina que privilegia la fuerza, la aventura, el poder económico, la dominación, la capacidad para matar, la autogratificación y el cierre emocional (valores y significados orientados hacia el yo)” (p. 174).

Estas características son portadas como valores para resaltar la hegemonía del varón sobre las mujeres y sobre otras masculinidades subalternas. Sin embargo, esta tipología tan reconocible en el mundo del narcotráfico, tan visible en narcocorridos, series de televisión y cinematografía, son los rasgos que se le exigen a cualquier hombre educado en el patriarcado. Rasgos que, por supuesto, no son intrínsecos sino que se aprenden a través de un proceso de sociabilización y reconocimiento que comienza en la niñez y se refuerza en la adolescencia y adultez. Una educación acerca de lo que deben o no deben hacer para convertirse en hombres, un marco de acción “masculino” en el que, a lo largo de su vida, deberán desenvolverse (Núñez Noriega, 2008; Butler, 2012). Según Vincent Marqués (1997): “Se trata de fomentarle unos comportamientos, de reprimirle otros y de transmitirle ciertas convicciones sobre lo que significa ser varón” (p. 18).

De esta forma, la primera enseñanza clave para los niños varones resulta ser: por haber nacido hombre yo soy importante (Alvarado, 2011), una consigna que se interioriza de dos maneras: soy importante por haber nacido con un aparato reproductor

masculino y debo demostrar que, efectivamente lo soy (Marqués, 1997). Demostrar que efectivamente se es, implica aprender a comportarse como lo hace “todo un hombre”, características que se introyectan desde la infancia y que, por lo general, se asocian a la dominación: “Según la masculinidad dominante, los hombres se caracterizan por ser personas importantes, activas, autónomas, fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controladas, heterosexuales, son los proveedores en la familia y su ámbito de acción está en la calle” (Olavarría, 2000, 11). Para Navarro (1999), los machos se definen porque “exhiben agresividad, dominio y extremada prepotencia en sus relaciones con las mujeres. También exageran su intransigencia y hostilidad hacia los demás hombres” (p. 187).

Esta enseñanza acerca de cómo un niño se convierte en hombre, tan extendida hasta hoy en nuestro mundo patriarcal, en la novela *Fiesta en la madriguera* corre por cuenta del padre, quien asocia la masculinidad con el hecho de transformarlo en un líder del narcotráfico -violento y poderoso- como lo es él (Athena Alchazidu, 2014; Teresa García, 2011). Resulta interesante puesto que, hasta el momento, ninguna otra novela había ahondado en esta relación filial de aprendizaje. Tal como indica Lilia Arellano (2012), desconocemos cuáles son las enseñanzas que un padre involucrado en el crimen organizado entrega a sus hijos, lo único que tenemos son preguntas:

¿Qué les aconsejan a sus hijos? ¿Que no consuman drogas? ¿Que no busquen pleitos? ¿Que sepan respetar la vida de los demás? ¿Que cumplan con todas las leyes? ¿Que sean buenos ciudadanos? ¿O les revelarán asuntos de complicidad con autoridades y políticos para que aprendan a que buen caballero es don dinero y que con el suficiente dentro de la bolsa pueden comprarse todo y ese todo incluye libertad y el poder disponer de vidas y haciendas de cualquiera? (en línea)

A nivel ficcional, la novela responde: Yolcaut le enseña a su hijo Tochtli a ser un capo, vinculando estrechamente el aprendizaje para convertirlo en macho. Transformarse en narco es sinónimo de volverse hombre. Esta conducta masculina que un niño tipo aprende de sus padres y de la sociedad, Tochtli lo recibe de su padre, su referente de

masculinidad hegemónica. Así, el niño asimila lo que es ser un hombre, a la par que comienza a vislumbrar lo que significa el trabajo de Yolcaut, un trabajo que él deberá emular al convertirse en adulto. La formación de este narco-junior se da desde los dos frentes: ser macho/ser narco, en un mismo paquete.

Consecuente con este lazo entre machismo y narcotráfico, la primera enseñanza que Tochtli recibe es que estudiar no sirve. Aunque el niño tiene una educación formal por parte de su maestro particular, Mazatzin, su padre le ha indicado que ello no es lo que debe aprender: “Eso dice Yolcaut que los cultos saben muchas cosas de los libros, pero que de la vida no saben nada” (Villalobos, 16). A la par, el profesor no resulta ser un ejemplo a imitar sino, por el contrario, se representa como una masculinidad subordinada, que el niño define como patético: “el pequeño Tochtli confiesa que su maestro Mazatzin a pesar de ser muy culto tiene una existencia ingrata y patética” (Hernández Aranda, 2011, en línea). Patético porque carece de poder, porque carece de dinero y porque todo lo que posee es intangible. Libros que hablan de cosas que no le importan a nadie y que no sirven para nada. Todo lo contrario a la autoridad concreta de su padre, capaz de decidir sobre la vida de quienes lo rodean, que posee dinero y poder para obtener incluso lo imposible.

3. 1. El ejercicio de la violencia

Dentro de la enumeración de características que debe poseer un varón para ser identificado como un macho verdadero, la agresividad resulta fundamental. El psicólogo David Alvarado (2011) indica que este parece ser un atributo “natural” de las masculinidades, puesto que se tiende a pensar que es producto de su anatomía y sus hormonas, intentando otorgar un carácter científico a la violencia. Para el especialista en masculinidades R. W. Connell (1997) la violencia es un rasgo importante del ser macho, puesto que permite establecer divisiones no sólo entre sexos sino entre los mismos sujetos masculinos, con el fin de definir hegemonías y subalternidades. La agresividad permitiría afirmar la potencia varonil en las luchas de grupos, lograría que otros hombres admitan la virilidad de quien ejerce esa violencia (Kimmel, 1997).

El asesinato es esa violencia llevada al extremo, la que también se asocia con, al menos, un tipo de identidad masculinidad dominante: “la acción de matar, como acto performativo, conlleva en sí mismo riesgo, embestida, violencia, amedrentamiento, certeza, firmeza, insensibilidad que, en términos semánticos, remiten a la hombría, a la virilidad, a la masculinidad” (Cruz, 2011, p. 252). Esta es una de las principales enseñanzas que Yolcaut quiere transmitir a su hijo. La agresividad, la violencia, la sangre son patrimonio de la hombría, un ejercicio del poder que ellos ostentan. Así, de forma constante en la novela circulan hombres que serán asesinados, convertidos en cadáveres, como el niño gusta de mencionar: “Una de las cosas que he aprendido con Yolcaut es que a veces las personas no se convierten en cadáveres con un balazo. A veces necesitan tres balazos o hasta catorce. Todo depende de dónde les des los balazos. Si les das dos balazos en el cerebro seguro que se mueren” (Villalobos, p. 18).

Enseñanza teórica, no obstante, de esa que Yolcaut reniega cuando proviene de Mazatzin. Tochtli, efectivamente, ha aprendido que la vida del otro no vale; es capaz de identificar cuántos orificios debe generar en un cuerpo para que el hombre se convierta en cadáver; puede describir en qué parte del cuerpo deben darse los balazos para dar muerte; reconoce las armas con las que llevar a cabo los homicidios e incluso sabe cómo deshacerse de un cuerpo, ya que entiende que esa es la función de los tigres y el león que posee en su hacienda. Todo lo sabe a nivel especulativo, puesto que nunca ha visto morir a nadie, nunca ha disparado un arma (su padre, de hecho, las tiene guardadas en un cuarto secreto) y mucho menos ha asesinado a una persona.

A lo largo de la historia, sin embargo, Tochtli va aprendiendo, experimentando. Aunque nunca ve morir a un hombre, quiere estar presente cuando sacrifican a sus hipopótamos enanos de Liberia. De la misma manera, aunque las enseñanzas no incluyan la práctica del asesinato, el niño acciona la pistola pequeña robada a su padre y mata, sin querer a un pajarito. Estas acciones concretas, sin embargo, resultan desastrosas, porque el menor es incapaz de resistir la muerte de sus hipopótamos y la muerte del periquito es incidental: “Yo no quería matar al periquito, quería ver qué hacían las aves

con el ruido de los balazos” (Villalobos, p. 87). En el aprendizaje de la violencia y el asesinato Tochtli es como Mazatzin, sabe mucho de los libros pero nada de la vida.

3.2. El ejercicio del poder

“La definición hegemónica de la virilidad es un hombre *en* el poder, un hombre *con* poder, y un hombre *de* poder” (Kimmel, 1997, p. 51). El poder y su ejercicio es lo que se introyecta en los niños varones como la condición primaria de la masculinidad. La violencia, a menudo sólo es un método para la conservación de esa hegemonía, no obstante, es la autoridad lo que define a una virilidad exitosa (Connell, 1997). Yocault lo sabe y lo ejerce. En su palacio posee sirvientes que se encargan de las más variadas tareas: aquellos que asesinan por él, aquellos que mantienen a los animales y los jardines, aquellas que se ocupan de su alimentación y aquellas que satisfacen sus deseos sexuales. El padre es un hombre *en* el poder, *con* poder y *de* poder: un completo macho.

Este poder es el que trata de transmitir como valor a su hijo. Tochtli aprende que puede tener lo imposible porque, como hombre y narco-junior, sus deseos deben cumplirse. Para lograr lo que quiere y ostentar su hegemonía se vale, muchas veces, de la manipulación: “Miztli me compra todas las cosas que quiero por órdenes de Yolcaut [...] Pero un hipopótamo enano de Liberia no lo venden así tan fácil [...] Es tan difícil conseguir un hipopótamo enano de Liberia que puede ser que la única manera sea yendo a capturarlo a Liberia. Por eso me está doliendo muchísimo la panza” (Villalobos, p. 14). El dolor de panza lo utiliza como un método para lograr atención y ejercer la autoridad de conseguir lo imposible¹.

Esta idea del poder, tan importante en las masculinidades, es imprescindible también -o sobre todo- en el narcomundo. Probablemente, no exista en este momento ningún grupo que ejerza tanto poder como los grandes capos del narcotráfico,

¹ Difiero en este punto de la lectura que realiza Athena Alchazidu (2014) quien considera que “los dolores constantes de estómago, no son otra cosa que unos síntomas sicosomáticos causados por las vivencias traumáticas, cuyo peso excesivo el niño no es capaz de sobrellevar” (en línea). Para mí el dolor es un método para persuadir a su padre y conseguir lo que se propone: un ejercicio de manipulación, una demostración de poder.

dueños de la vida y la muerte, ostentosos en cuanto a sus riquezas, capaces de poner en vilo a naciones enteras². Una autoridad indiscutible que el niño, como futuro narco, debe comprender y apropiarse. Juan Pablo Villalobos asegura que fue por esa experimentación respecto al poder que eligió el narcotráfico como telón de fondo para su primera novela: “me interesa el capricho en el niño. Este deseo absurdo de un hipopótamo, como manifestación primaria del poder. Cualquier niño explora por primera vez el ejercicio del poder mediante el capricho, tiene un deseo absurdo porque sí -nunca se sabe por qué quiere un hipopótamo-. Ese es el tema que me seduce del narcotráfico: el poder” (ctd. Montaña, 2010).

No es casual, así, que en este aprendizaje sobre el ejercicio de la autoridad el niño tenga *El Rey* como su canción favorita, puesto que la letra refiere al poder a pesar de todo, la hegemonía como característica innata de lo varonil: “Es que la canción se trata en realidad de ser macho. A veces los machos no tienen miedo y por eso son machos. Pero también a veces los machos no tienen nada y siguen siendo reyes, porque son machos” (Villalobos, p. 29). Una canción que es también un referente que funciona no sólo como tópico de la masculinidad sino como un augurio. Tochtli obtiene a sus hipopótamos enanos de Liberia, su poder infantil se extiende hasta África en la consecución de sus deseos, sin embargo, los animales deben ser sacrificados: sin trono ni hipopótamos el niño debe buscar la forma de demostrar que sigue siendo macho.

3.3. El ejercicio de “ser macho”

Robert Brannon -en los años sesenta- definía a un hombre viril como quien no hace nada que remita a una conducta femenina; asimismo, aseguraba que la masculinidad se mide por el poder, el éxito y la riqueza, por exudar un aura de osadía y agresividad. Finalmente, culminaba diciendo que “La masculinidad depende de permanecer calmado y confiable en una crisis, con las emociones bajo

² La masculinidad hegemónica del narcotraficante supera incluso a la de los gobernantes. En la novela queda claro que el gobernador es una masculinidad subordinada al capo “Yolcaut se enojó y le tiró a la cara un montón de dólares que sacó de una maleta. Eran muchos, miles. Y se puso a gritarle: Cállate, pinche gober, ¿tú qué chingados sabes?, pendejo, toma tu limosna, cabrón, ándale” (Villalobos, 27).

control. De hecho, la prueba de que se es un hombre consiste en no mostrar nunca emociones. Los muchachos no lloran” (ctd. Kimmel, 1997, p. 51). Como extraído de un manual, las enseñanzas que Yolcaut transmite a Tochtli son exactas: poder, riqueza, violencia y control sobre las emociones son la base para convertirse en un hombre. El padre lo educa en el machismo primigenio, por ello todas sus instrucciones se resumen en que para transformarse en capo o líder del negocio del narco hay que ser muy macho.

No resulta casual, por tanto, que el padre no se refiera a su hijo como tal sino que denomine su relación como una pandilla: “Yolcaut es mi papá pero no le gusta que le diga papá. Él dice que somos la mejor pandilla de machos en al menos ocho kilómetros a la redonda” (Villalobos, p. 13). Pandilla es lo que el teórico Josep-Vicent Marqués (1997) ha asociado a la homosociabilidad, puesto que se constituye en un espacio en que los hombres, aún niños, prueban a convertirse en machos demostrando que lo son ante los ojos de sus pares. La pandilla se conforma en un ámbito de reconocimiento e identificación entre iguales y por ello se carga de valores como el de la solidaridad y la protección entre los varones que la componen. Ante la imposibilidad del niño de relacionarse con el mundo exterior o acercarse emocionalmente a otras masculinidades, el único referente de igualdad, es el que conforma con Yolcaut. Esta pandilla reducida en número, sin embargo, mantiene el machismo en el centro: ya que no puede jalarle las trenzas a las compañeras de curso, Tochtli prueba su masculinidad frente a la pandilla demostrando aprender las enseñanzas de violencia y asesinato.

La pandilla exige que el niño sea un macho y que lo pruebe instruyéndose teóricamente acerca de cómo ejercer la violencia: un saber general de cómo convertir a un hombre en cadáver, con qué instrumento atacarlo, en qué parte sangrarlo y finalmente, cómo eliminar la evidencia del cuerpo. Asimismo, es importante que Tochtli ensaye su masculinidad y la refuerce experimentando la resistencia al dolor, el control de sus emociones. No llorar ante ninguna situación, por ejemplo, evitar derramar lágrimas por no tener mamá, así como mantenerse incólume al ver el sufrimiento de otros:

El otro día vino a nuestro palacio un señor que yo no conocía y Yolcaut quería saber si yo era macho o si no era macho. El señor tenía la cara manchada de sangre y, la verdad, daba un poquito de miedo verlo. Pero yo no dije nada, porque ser macho quiere decir que no tienes miedo y si tienes miedo eres de los maricas. Me quedé muy serio mientras Miztli y Chichilkuali, que son los vigilantes de nuestro palacio, le daban golpes fulminantes. El señor resultó ser de los maricas pues se puso a chillar y gritaba: ¡No me maten!, ¡no me maten! Hasta se orinó en los pantalones. Lo bueno fue que yo sí resulté ser macho y Yolcaut me dejó ir antes de que convirtieran en cadáver al marica. (Villalobos, pp. 19-20)

Yolcaut prueba la masculinidad de su hijo haciéndolo aprender formas de asesinar a un hombre, lo prueba obligándolo a presenciar golpes y vigilando su frialdad ante la tortura; sin embargo, lo aleja siempre antes del crimen. El niño jamás ve morir a un ser humano, tampoco realiza asesinatos con sus propias manos o utiliza él mismo las armas. Una prueba de virilidad sumamente ineficaz la de la teoría, ya que apenas Tochtli asiste a la muerte de sus hipopótamos enanos de Liberia se pone en duda su masculinidad debido a su llanto desmedido: “Entonces resultó que no soy un macho y me puse a llorar como un marica. También me oriné en los calzones. Chillaba tan horrible como si fuera un hipopótamo enano de Liberia con ganas de que los que me escucharan quisieran estar muertos para no tener que escucharme” (Villalobos, p. 75).

La primera vez que el niño ve morir, no a una persona sino a sus animales, se quiebra y resulta que la educación no sirvió para nada. Su virilidad se desmorona y queda al descubierto que su masculinidad es una farsa. El maestro intenta consolarlo pero Yolcaut no lo permite: la pandilla protege el último signo de hombría, aunque el fracaso de sus instrucciones parece ser inminente. Así como el padre criticaba a Mazatzin porque las enseñanzas teóricas resultaban inservibles, también la enseñanza de cómo convertirse en macho/capo asesinando, ejerciendo la violencia, al no ser prácticas, se pierden. El niño ni es tan macho ni tiene sangre fría y, al menos, se cuestiona la posibilidad de que pueda llegar a asesinar a alguien. Ni tan macho ni tan capo, la teoría se desvanece cuando

se debe enfrentar la realidad y poner en práctica lo aprendido.

3.4. El ejercicio del cariño

Las enseñanzas de cómo convertirse en macho/capo son ineficientes al ser simple teoría. Sin embargo, esta educación no es la única que recibe el hijo del padre, ya que uno de los ejes de su relación se basa en la afectividad. Al no haber un sujeto femenino cumpliendo el rol materno ese papel debe asumirlo el padre en la instrucción del cariño. A simple vista pareciera que Yolcaut aleja del niño todo tipo de sensibilidad obligándolo a presenciar muertes e instándolo a controlar sus emociones. Sin embargo, jamás aplica sobre él esa violencia que promueve; por el contrario, lo cuida y lo consiente: “Creo que tenía ganas de pegarme, pero no me pegó, porque Yolcaut nunca me ha pegado. En lugar de pegarme Yolcaut me da regalos” (Villalobos, p. 85).

Asimismo, le inculca valores de pandilla, pero que bien pueden aplicarse a la familia: la sinceridad, la solidaridad y la protección. Sinceridad porque las pandillas se tratan de decir la verdad, la solidaridad porque las pandillas se apoyan y se ayudan a conseguir lo que se busca, la protección porque se escudan uno al otro. Tres enseñanzas que Tochtli interioriza pero que, tal como ocurría con las enseñanzas respecto al ser macho, también se ven fracturadas en el camino del aprendizaje. El niño siente que Yolcaut ha roto cada uno de los valores que le transmitió. Su padre le miente, le oculta que existe una habitación llena de armas y el hijo se siente traicionado, desilusionado, el gran quiebre con la imagen paterna que pone en peligro el concepto de pandilla: “Las pandillas no se tratan de la venganza, ni tampoco se tratan de las mentiras ni de ocultar las verdades. A este paso vamos a dejar de ser la mejor pandilla en siete kilómetros a la redonda. Es más: hasta vamos a dejar de ser una pandilla” (Villalobos, p. 94). Un quiebre que todo niño debe superar en la infancia, según reconoce Rodrigo Parrini (2000), al entender que el padre no es el héroe que se espera sino un sujeto con falencias, simplemente humano: “Debiéramos tener un Padre con mayúscula y sólo tenemos un padre con minúscula.” (p. 75), es lo que comprende Tochtli.

Lo que Tochtli no comprende, en cambio, es que

la mentira del padre es un acto de protección. La novela, así, llena de aprendizajes sobre cómo ser narco y cómo convertirse en macho, es también un relato sobre las relaciones filiales: “sobre las relaciones padre e hijo y el aprendizaje de un niño, en esas circunstancias muy particulares, sobre lo que es la vida. Y me interesaba también decir que un padre, a pesar de ser quien es, siempre intentaría darle a su hijo lo que cree es lo mejor para él. Y en este sentido se introducen como valores los temas de la lealtad, de la verdad y de la solidaridad” (ctd. Farías, 2011, en línea).

Judith Butler (2010) argumenta que los individuos se convierten en hombres cuando entienden aquello que significa y la acción performativa que deben representar para constituirse como tales, es decir, cuando se identifican en su virilidad y con ella construyen rasgos y prácticas que los hace sentir seguros de que se encuentran en una posición de autoridad y que, por ello, pueden reproducir la fuerza y la violencia que han visto en los otros hombres. Tochtli, sin embargo, pareciera fallar en todo esto. Tanto su aprendizaje como capo y como macho se cuestiona: el niño es incapaz de ver morir siquiera a unos animales, no tiene sangre fría, no es violento y no aprende a usar las armas. El verdadero aprendizaje, no obstante, se da en el terreno de los afectos en el momento en que el niño descubre que su padre es humano, inconsecuente a veces pero incondicional siempre.

No importa qué tan lejos ponga sus deseos, ya que Yolcaut lo ayudará a conseguirlos y aunque a veces mienta también de eso de trata el cariño filial: de proteger y de reconocer los errores: “Al terminar la película me llevó a la habitación de las pistolas y los rifles. Me dijo que entre nosotros no había secretos y dejó que viera todas las armas y me explicó cuáles eran los nombres, los países donde se habían fabricado y los calibres” (Villalobos, p. 102). Tochtli se convierte en hombre no cuando aprende a controlar sus emociones, no cuando asesina a alguien, sino cuando comprende quién es su padre por ser su padre y no como autoridad en el narcotráfico, cuando la imagen de Yolcaut se transforma convirtiéndose en un hombre falible a quien Tochtli también deberá proteger, porque esa es la consigna de una verdadera pandilla.

4. Conclusiones

Tochtli está expuesto, a lo largo de toda la novela, a un ejercicio de adquisición de masculinidad en un narcomundo. Este aprendizaje implica no sólo volverse hombre sino volverse el rey del narcotráfico, como su padre lo es. Para ello Yolcaut lo instruye en conductas machistas básicas como la ostentación de poder, autoridad, el control de las emociones, junto a la enseñanza de la violencia, casi todas ellas, conductas o características que no se le exigen por pertenecer al mundo del crimen organizado sino rasgos que todo niño, que está en el proceso de imbuirse en el mundo varonil, debe aprender. Convertirse en capo se asocia peligrosamente, entonces, a volverse hombre o viceversa, enseñar a ser macho implica, de alguna forma, propiciar la enseñanza de convertirse en narco.

La novela subvierte, sin embargo, este modelo tan estereotipado de lo que implica ser macho/narco. La enseñanza de alguna forma fracasa. Tochtli recibe una ardua instrucción teórica pero es incapaz de llevarlo a cabo: no sabe asesinar, no es un niño violento, es incapaz de controlar sus emociones. No sabe más de armas que de la Revolución Francesa, no entiende más como funciona una AK-47 a la guillotina del siglo XVIII. La teoría, todo lo que el padre ha despreciado por inservible, también en el ejercicio de la violencia se vuelve deficiente.

Pero no es sólo la práctica de la violencia y el aprendizaje de una masculinidad hegemónica lo que fracasa. También lo hace la misma masculinidad del padre, reflejo del niño, a pesar de su poder y autoridad. El padre ausente de la identidad latinoamericana, que por tantos años proclamaron Montecino (1991) y Paz (2004), se transforma en un sujeto sumamente presente, encargado de la educación y los afectos, hasta el punto de reemplazar a la madre en la vida doméstica. Yolcaut, aunque lo que intenta es transmitirle una masculinidad hegemónica adopta características asociadas tradicionalmente a las mujeres: no es un macho público, sino un capo doméstico, su campo de acción es la casa, con sirvientes que lo atienden pero encerrado en su domesticidad y pasividad, al igual que Tochtli. Lo opuesto a lo que indica Kimmel (1997), que es en lo público donde se verifica y prueba la masculinidad o n palabras de Alvarado (2011):

El varón adolescente construye su masculinidad trazando límites estrictos entre dos mundos regidos por códigos opuestos: la calle y la casa. La casa alberga una escena de normas y condiciones por seguir, de rígidos códigos morales, de permisos, de horarios y restricciones. Para la mayoría de los varones y en especial para los de sectores populares, la calle representa un espacio clave en la formación de la subjetividad, es la posibilidad de distanciarse del entorno familiar y constituye el espacio de transgresión por excelencia. Frente al hogar, la calle plantea sus propios códigos de conducta que ordenan la construcción de hábitos por parte del varón adolescente alrededor de una premisa básica: un hombre verdadero debe ganarse el derecho a ser soberano de sí mismo (en línea).

El padre narco fracasa en la educación de su hijo, a la vez que pone en cuestionamiento su propia hegemonía. Ambos viven encerrados en el espacio doméstico, se relacionan con contadas personas que los visitan y ni siquiera en el viaje a Liberia pueden habitar la calle. Al contrario, permanecen igualmente circunscritos al hotel y sólo pueden salir de noche a intentar la captura de los animales. “Ya ves, Tochtli, Yolcaut siempre puede” (Villalobos, p. 28), le dice el padre al hijo al prometerle que le conseguirá sus hipopótamos, Yolcaut poderoso, sin embargo, no puede librarse del encierro, así como no puede evitar la muerte de los animales, lo que revela que su dominio absoluto pertenece al terreno de la fantasía más que a una realidad. Ni el padre ni el hijo pueden definirse como soberanos de sí mismos.

En vista de todo esto, *Fiesta en la madriguera* cuestiona la formación del narco/macho: el niño no se convierte en capo, no se convierte en un verdadero macho, la masculinidad sólo es otro disfraz que Yolcaut pretende ponerle, tal como el niño ha aprendido a vestir cuando se trata de sombreros de detectives, tricornos y trajes de samurái. Asimismo, se revela la indefensión del padre y sus incertidumbres frente al futuro, lo que provoca que se resquebraje la imagen de masculinidad hegemónica. No obstante, hay una formación que sí resulta exitosa: la de los afectos filiales. Tochtli, sin armas y sin violencia, descubre que su padre no es infalible; que su poder es limitado, puesto que no ha podido conseguirle los hipopótamos vivos;

que miente y oculta secretos, pero que también es alguien que lo protege, reconoce sus equivocaciones y lo quiere por sobre todo, y que de eso se trata la pandilla, la homosociabilidad y la familia: de estar

ahí para el otro cuando llegue el momento, de que la sangre que trasciende no es esa que se derrama sino la que se comparte.

Bibliografía

- Adriaensen, Brigitte. (2012). “El exotismo de la violencia ironizado: *Fiesta en la madriguera* de Juan Pablo Villalobos”. En Adriaensen, Brigitte y Grinberg Pla, Valeria (ed.). *Narrativas del crimen en América Latina. Transformaciones y transculturaciones del policial*. Litverlag, Berlin.
- Alchazidu, Athena. (2014). La espiral de la violencia reflejada en la narconovela mexicana contemporánea. Consultado en: http://alpiedelasletras.sweb.cz/alchazidu_athena_violenca_narconovela.pdf
- Alvarado, David. (2011). “Porque somos bien machos: homosexualidad y machismo”. Consultado en: <http://portal.uacm.edu.mx/LinkClick.aspx?fileticket=eQjJfVihUnQ%3D&tabid=2315>
- Apablaza, Claudia. (2010). “Entrevista a Juan Pablo Villalobos”. *Culturamas*. Consultado en: <http://www.culturamas.es/blog/2010/08/06/entrevista-a-juan-pablo-villalobos/>
- Arellano, Lilia. (2012). “Fiesta en la madriguera”. *Estos días*. Consultado en: <http://www.estosdias.com.mx/blog/archivos/523>
- Butler, Judith. (2012). “Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista”. *Estudios Culturales*. Consultado en: <https://estudioscultura.wordpress.com/2012/05/08/actos-performativos-y-constitucion-del-genero-judith-butler/>
- Butler, Judith. (2010). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Paidós, Buenos Aires.
- Connell, Robert. (1997). “La organización social de la masculinidad” *Masculinidad/es Poder y Crisis*. Teresa Valdés y José Olavarría (eds). ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las Mujeres n° 24, Santiago de Chile.
- Cruz, Salvador. (2011). “Homicidio masculino en Ciudad Juárez. Costos de las masculinidades subordinadas”. *Revista Frontera norte*, vol. 23, n° 46, 239-262.
- Farías, Tania. (2011). “Entrevista con Juan Pablo Villalobos”. *Ventana Latina*. Consultado en: <http://www.ventanalatina.co.uk/2011/10/entrevista-con-juan-pablo-villalobos/>
- García, Teresa. (2011). “El narco como telón de fondo: *Fiesta en la madriguera*”. *Amerika*. Consultado en: <http://amerika.revues.org/2171>
- Giraldo, Octavio. (1972). “El machismo como fenómeno psicocultural”. *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol. 4, n° 3, 295-309.
- Gómez, José Luis. (2013). *Los niños del Trópico de Cáncer*. Joaquín Mortiz, México.
- Hernández, Aranda. (2011). Una fiesta nada infantil. *El Siglo de Torreón*. Consultado en: <https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/617334.una-fiesta-nada-infantil.html>
- Kimmel, Michael. (1997). “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”. En: *Masculinidad/es Poder y Crisis*. Teresa Valdés y José Olavarría (eds.). ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las Mujeres N° 24, Santiago de Chile.
- Marqués, Josep- Vicent. (1997). “Varón y Patriarcado”. *Masculinidad/es Poder y Crisis*. Teresa Valdés y José Olavarría (eds.). Santiago de Chile: ISIS Internacional y Flacso, Ediciones de las Mujeres N° 24, Santiago de Chile.
- Montaño, Ericka. (2010). “Explora escritora la lealtad en la familia y el crimen organizado, como una provocación”. *La Jornada*. Consultado en: <http://www.jornada.unam.mx/2010/08/20/cultura/a05n1cul>
- Montecino, Sonia. (1991). *Madres y huachos: Alegorías del mestizaje chileno*. Cuarto Propio-Cedem, Santiago de Chile.
- Navarro, Roberto. (1999). *Las emociones en el cuerpo*. Editorial Pax, México.
- Núñez Noriega, Guillermo. (2007). *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. Miguel Ángel Porrúa/PUEG, UNAM/El Colegio de Sonora, México.
- Núñez Noriega, Guillermo. (2008). “La producción de conocimientos sobre los hombres como sujetos genéricos: reflexiones epistemológicas”. En Amuchástegui, Ana y Szasz, Ivonne. *Sucede que me canso de ser hombre*. El Colegio de México, Ciudad de México.
- Olavarría, José. (2000). “De la identidad a la política: masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX”. En Olavarría, José y Parrini, Rodrigo (ed.). *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. FLACSO-Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculinidad, Santiago de Chile.
- Olivares, Carlos. (2010). “La madriguera, la fiesta, el palacio y Tochtli”. *La Razón*. Consultado en: <http://www.razon.com.mx/spip.php?article43626>

Parrini, Rodrigo. (2000). "Los poderes del padre: paternidad y subjetividad masculina". En Olavarría, José y Parrini, Rodrigo (ed.). *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. FLACSO-Chile/Universidad Academia de Humanismo Cristiano/Red de Masculi-

nidad, Santiago de Chile.

Paz, Octavio. (2004). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, México.

Villalobos, Juan Pablo. (2010). *Fiesta en la madriguera*. Anagrama, Barcelona.

